

grande y pequeña escala no tenían límite; la agricultura se arruinaba desprovista de brazos y á merced de ejércitos y guerrillas; el comercio de la Mesa central y del interior veía rotas sus comunicaciones con los puertos; la población, de suyo tan escasa, pagaba terrible contingente á la guerra, y en sólo las dos expediciones, infructuosamente dirigidas contra Veracruz, fué considerabilísimo el número de las víctimas á causa del clima; las conductas de caudales eran ocupadas, forzados los depósitos de fondos pertenecientes á acreedores extranjeros, invadidos y despojados de sus alhajas los templos, é incendiados ranchos, haciendas y pueblos enteros; la discordia parecía haber roto los vínculos sociales y querer destrozarse hasta los domésticos; el odio y el rencor inflamaban los corazones y armaban los brazos, enardecían las cuestiones en la prensa y erigían tras el combate los cadalsos de Zatecas y Tacubaya.

Al principio de esta lucha terrible parecían equilibradas entrambas fuerzas, y el convencimiento de que ninguno de los dos partidos era bastante poderoso para dominar á su contrario, se difundió en la masa de la población é influyó en que los partidos mismos se determinaran á solicitar auxilio extraño. Las miradas de los liberales se dirigían á los Estados Unidos y las de los conservadores á Europa. Las

fuerzas de Vidaurri en los Estados fronterizos eran engrosadas con artilleros y rifles norteamericanos, y la expedición del general Marín armada en la Habana fué destruida en Antón Lizardo por buques y oficiales de la marina de los Estados Unidos. El gobierno de Veracruz negociaba el tratado Mac-Lane, y el de México pedía á las potencias occidentales de Europa su intervención en favor de una nacionalidad que se creía próxima á desaparecer. (52) En los cargos que de es-

(52) En la obra de Hidalgo, ya dos veces citada, leo que en 1858 el ministerio conservador "pidió oficialmente á la Europa que interviniera en nuestros asuntos antes de que la nacionalidad acabara de desaparecer de una sociedad próxima á desmoronarse." Dice el mismo escritor que las miras del gobierno fueron secundadas por el ministro en París Don Juan N. Almonte, y que el repetido gobierno "si bien pedía á Europa, especialmente á Francia, su asistencia para enderezar la situación política de México, no se atrevió á hablar de cambio de forma de gobierno, aunque realmente esa debía ser su intención." Refiriéndose á la propia época, añade, que la administración siguiente, también conservadora, repitió á los representantes en París y Londres las instrucciones de la anterior, y que escribió confidencialmente al señor Gutiérrez, que se hallaba establecido en Roma, para que trabajase también



tos hechos resultan para uno y otro bando, ¿quién puede tirar la primera piedra á su contrario? El tratado Mac-Lane fué desechado por el congreso de Washington, y los pasos cerca de las potencias eu-

en el mismo sentido. "Por su parte—agrega—el partido conservador en México dirigía sentidas exposiciones al emperador Napoleón y al gobierno inglés, pidiendo la protección de sus naciones para salvar al país de la disolución que le amenazaba."

El tratado Mac-Lane fué firmado en Veracruz el 14 de diciembre de 1859, por el plenipotenciario norte-americano Roberto M. Mac-Lane y el ministro de Relaciones del gobierno de Juárez. Don Melchor Ocampo, también con el carácter de plenipotenciario. Su artículo 1o. cedía á los Estados Unidos en perpetuidad el derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec, y el 5o. los autorizó á emplear en él fuerzas militares, aun sin previo consentimiento del gobierno mexicano, para la protección de los ciudadanos norte-americanos. El artículo 6o. autorizó el tránsito de tropas y municiones de guerra de los Estados Unidos desde el puerto de Guaymas hasta el rancho de los Nogales ó algún otro punto equivalente en la línea divisoria entre las dos Repúblicas. El 7o., cedió á los Estados Unidos en perpetuidad el derecho de tránsito por nuestro territorio, desde Camargo y Matamoros ó otro punto equivalente en la orilla del

ropeas no produjeron efecto alguno, pues Francia para obrar exigía la cooperación de Inglaterra, y esta nación para prestarla exigía, á su turno, la de los Estados Unidos. No pasaré de aquí sin hacer notar,

Bravo en el Estado de Tamaulipas, camino de Monterrey, hasta el puerto de Mazatlán en Sinaloa; y desde el rancho de Nogales ó otro punto equivalente en la línea divisoria (cerca de los 111 grados de longitud occidental de Greenwich), camino de Magdalena y Hermosillo, hasta Guaymas en Sonora; reservándose México el derecho de soberanía y aplicándose á estas vías todo lo pactado respecto del Istmo (es decir, el empleo de tropas norte-americanas), excepto el derecho de transportar tropas y municiones de guerra del río Bravo al Golfo de California. En virtud del artículo 8o., el Congreso de los Estados Unidos elegiría de una lista de mercancías y efectos anexa al mismo artículo, los que, siendo productos naturales ó manufacturados de las dos Repúblicas, pudieran ser admitidos para su venta y consumo en alguno de los dos países bajo condiciones de perfecta reciprocidad, ora libres de derechos, ora á un tipo de derechos fijados por el congreso de los Estados Unidos; introduciéndose por los puntos de la línea divisoria designados en lo sucesivo por ambos gobiernos. El art. 9o., pactaba en favor de los norte-americanos residentes en México el libre ejercicio de



que si los expresados pasos pudieron influir de algún modo en la expedición tripartita en 1862, lo que la determinó fué el rompimiento del gobierno mexicano con los de España, Inglaterra y Francia, con motivo de la expulsión del embajador Pacheco, de reclamaciones no satisfechas y de la suspensión del pago de las convenciones extranjeras. ¡Plegue al cielo que los errores y desdichas del período de que hablo no se repitan para nosotros ni para nuestros hijos!

Cuando los dos partidos contendientes se vieron limitados á sus propios recursos, sin esperanza de apoyo extraño, siguieron luchando con varia suerte; pero el conservador, no obstante la actividad, la rapidez de movimientos, las combinaciones y los triunfos del general Miramón, perdía terreno visiblemente, al paso que los contrarios ensanchaban el suyo. Casi reducido aquel al Distrito de México,

su culto. El 10, obligaba á los Estados Unidos á entregar á México dos millones de pesos, reservando otra igual cantidad para cubrir reclamaciones de norte-americanos contra nuestro país.

El senado de los Estados Unidos negó su aprobación al tratado. En el archivo de nuestro ministerio de Relaciones obran las instrucciones de Ocampo á sus agentes en Washington, relativamente al mismo tratado.

y al Departamento de Puebla, todavía dió un golpe de mano á Toluca, trayendo prisioneros á los principales jefes y oficiales de la fuerza liberal que ocupaba dicha ciudad, y que fué sorprendida y derrotada por completo; y reuniendo aquí todas sus tropas, salió con ellas el presidente á presentar batalla á González Ortega que, con un cuerpo de ejército numerosísimo, avanzaba del interior á la capital. Encontráronse y batiéronse en Capulalpam el 22 de diciembre de 1860, y derrotado Miramón en términos de no poder reunir resto alguno de sus fuerzas después de la batalla, trajo él mismo la noticia de sus resultados á México en la madrugada del 23. Pasáronse este día y el 24 en juntas de ministros y de jefes militares, y en contestaciones con el vencedor, por medio de los representantes extranjeros que salieron á su encuentro en solicitud de garantías para la capital. Las respuestas de González Ortega eran ó ambiguas ó adversas, y aumentaban el terror de los comprometidos. El cañón de las guerrillas más próximas retumbaba desde la tarde del 23, y en la madrugada del 24 su infantería tiroteaba los parapetos de las garitas. El 24 en la noche, á la luz de una espléndida luna, Miramón, acompañado de algunos jefes y con las pocas tropas que habían quedado aquí, salía por la calzada de Bucareli, mientras las garitas



y trincheras eran abandonadas de los piquetes que las cubrían. Tres ó cuatro horas después, las guerrillas de Tlalpam, entrando por las calles del Rastro, llegaban á la plaza de Armas, y el 25 ocupó la capital el grueso de las fuerzas de González Ortega, trasladándose de Veracruz á México el personal del gobierno constitucional en los primeros días de enero de 1861.

Pesado y su familia tuvieron que lamentar dos graves desgracias durante esta crisis. El primero había sido miembro del consejo de gobierno en los primeros meses de la administración emanada del plan de Tacubaya; y aunque ni en este cargo ni en la redacción de "La Cruz" pudo concitarse odios personales, se ocultó á la entrada de las fuerzas vencedoras, como lo hicieron cuantos de cualquier modo figuraban en el bando vencido. Su yerno don Vicente Segura Argüelles, propietario y redactor del "Diario de Avisos," en que se hizo guerra dura y sin tregua á la causa y á los hombres ahora triunfantes, había sido varias veces amenazado por ellos, y se propuso salir armado con las fuerzas de Miramón; pero al ver que éstas se disolvían ó que estaban enteramente desorganizadas, resolvió á última hora quedarse en la capital, y á las siete de la mañana del 25 de diciembre se hallaba en la casa de unos parientes suyos en la calle de Corpus Christi, por la cual entra-

ba una guerrilla procedente del rumbo de Tacubaya. Parece que un criado denunció al jefe la existencia de una persona allí oculta, y que, por las señas, se sospechó fuese un antiguo jefe de policía: uno de los oficiales penetró, pistola en mano, preguntando por dicho jefe á la señora de la casa, quien contestó que no estaba en ella. Segura, que tomaba chocolate en la sala, atravesó por el corredor dirigiéndose á la azotea: quiso el oficial seguirle, y como la señora se lo impidiese abrazándosele, disparó sobre aquel á tiempo que subía por una escalera, y le hirió en una mano y un muslo. Segura entonces disparó sobre el oficial dejándole muerto, y salió por una casa contigua cuyos moradores le instaban á que se detuviera; no accedió á ello temeroso de comprometerlos, y, pidiéndoles un sombrero, se lanzó á alguno de los callejones que desembocaban al frente de la Alameda; pero en vez de tomar hacia el Sur, con lo cual se había tal vez salvado en el laberinto de plazuelas y rincones á que dichos callejones guiaban, se dirigió á la calle de Corpus Christi yendo á dar á manos de sus perseguidores. Al poner el pie en el estribo del coche en que iba á ser llevado á la Diputación, fué nuevamente agredido, y, victoreando á la religión y haciendo uso del resto de los tiros de su pistola á su vez, cayó muerto á manos de sus contrarios, siendo tras-



ladado su cadáver á una de las capillas del convento de San Francisco.

El dolor de su familia al recibir la nueva de tan fatal suceso es más bien para imaginado que para descrito. La esposa de Pesado, hermana del muerto, en los primeros momentos entendió que la víctima era su esposo, ó que éste había corrido la misma suerte que su hermano, y se trastornó su razón de manera que fué imposible desengañarla, y que cuando algunas horas después don José Joaquín, viniendo del lugar en que estaba retraído, se le presentó, no llegó á conocerle ella, y todos los esfuerzos de la medicina fueron ineficaces para salvarla de la agudísima "meningitis" que, tras horribles padecimientos, acabó con su vida el primero de enero, aumentando así la desolación de sus deudos. La mano del Señor los había tocado, según la expresión de Job, hundiéndolos en el abismo de las tribulaciones. Pero el carácter de Pesado permaneció entero en ellas, no con el estoicismo de Zenón, sino con la humilde conformidad del cristiano á los designios de la Providencia.

## XXIV

ALGUNOS OTROS RASGOS  
DEL CARACTER Y LA VIDA PRIVADA DE PESADO.  
HONORES Y DISTINCIONES. SU MUERTE  
CONCLUSION.

Aunque el sér moral de Pesado no se había abatido, en la acepción vulgar de esta frase, con las desgracias públicas y privadas, los que le trataban íntimamente pudieron notar su natural jovialidad oscurecida por una nube de tristeza que se fué condensando en su frente desde la muerte de Carpio, acaecida el 11 de febrero de 1860. Amaba sincera y cordialmente á este príncipe de nuestros poetas líricos, amigo y compañero suyo de muchos años atrás: habíale convidado á un día de campo en el seno de su familia, y en los momentos mismos en que le esperaba, supo que el noble y excelente anciano yacía tendido en su lecho fúnebre, ajeno ya á las escasas alegrías y á los dulces afectos de este mundo perecedero. Reconcentróse desde entonces en el refugio de su hogar, y sin dar tregua á sus hábitos de lectura y estudio, hizose más meditabundo y fervoroso en sus prácticas religiosas de que nunca se había apartado en el curso



de su vida, y pareció prepararse para la muerte, que tal vez se le representaba próxima en el caos de sueños y presentimientos que el hombre lleva consigo y que la ciencia jamás ha logrado descifrar ni explicar.

Pero semejante estado moral no alteró en lo más mínimo su afabilidad ni el gusto que hallaba en las conversaciones domésticas y sobre literatura; conservó el espíritu de benevolencia, el cariño con que desde joven trataba á los demás escritores, sin excluir á los noveles, á quienes suministraba reglas claras y seguras, indicándoles amistosamente los defectos en que incurrian, elogiando con sincero entusiasmo las bellezas que advertía en sus obras, y de todas maneras alentándolos al estudio y á la adquisición completa del arte, sin cuyos medios las flores más ricas y brillantes de la imaginación y del sentimiento son flores de un día, que se lleva convertidas en polvo la corriente del olvido. Modesto por naturaleza y sin la menor afectación, reconocía el mérito ajeno sin acordarse para nada del propio, ni dar el menor indicio del engreimiento y la vanidad de que en todas partes adolece por lo común la raza de los sabios y hombres de pluma. Jamás su individualidad, ese "yo" que constituye á menudo la tela principal de los más célebres escritores franceses de nuestra época, aparecía en sus

escritos ni en sus conversaciones, y en éstas poseía el don de mantenerse siempre al alcance de sus interlocutores y dejarlos satisfechos. Nada extraño es, por lo mismo, que no sólo en el trato familiar y amistoso, sino en los círculos políticos y literarios, se captara numerosas simpatías, que no le abandonaron ni en los períodos terribles que he descrito y en que la exaltación general convierte la simple divergencia de ideas en causa de odio.

Casi todas las asociaciones científicas, literarias y artísticas del país, y algunas extranjeras, le contaron entre sus miembros. Perteneció á la Academia de Letrán, al Ateneo, á la Sociedad de Geografía y Estadística, y figuró en la junta directiva de la Academia de San Carlos no sólo como persona que tomaba activo interés en el adelanto de las artes y que podía procurarle por medio de su posición y de sus relaciones sociales, sino como inteligente él mismo en la pintura, que algo cultivó en su mocedad y cuyas teoría y estética poesía. Don Bernardo Couto dejó escrito, y su señora viuda acaba de publicar, un "Diálogo sobre la historia de la Pintura en México," obra pequeña, pero interesante y llena de erudición como todas las de este autor, y en la cual hablan el mismo Couto, Pesado y el antiguo profesor de pintura de la Academia don Pellegrín Clavé, conservando perfectamente



sus caracteres respectivos y haciendo formar idea exacta del origen, los progresos y vicisitudes de la pintura en nuestro país y de las obras nacionales más notables que existen. Hice ya mención del nombramiento de Pesado de doctor de la Universidad en 1854, y de su papel al reorganizarse dicho establecimiento en que sirvió la cátedra de literatura; y agregaré que la Academia Española con espontaneidad completa le llamó á su seno en 1860, enviándole el siguiente diploma, notable por la justicia de sus elogios al agraciado, no menos que por las dos firmas que le suscriben y que representan acaso las dos mayores celebridades literarias de España en el siglo actual:

“La Real Academia Española, en consideración á las relevantes circunstancias y copiosa erudición que recomiendan al señor don Joaquín Pesado, residente en México, y previo el examen de sus obras poéticas ya conocidas y estimadas en la Península, porque entre otras dotes muestra en ellas el autor clásicos estudios, gusto depurado y castizo lenguaje, se ha servido nombrarle en la junta ordinaria de 13 del que rige, individuo de la misma Corporación en la clase de Correspondiente extranjero, acordando que se le expida el presente diploma firmado por el Excmo. Sr. Director, refrendado por el Excmo. Sr. Secretario y autorizado con el sello

mayor de la Academia.—Dado en Madrid, á 15 de setiembre de 1860.—El Director, Francisco Martínez de la Rosa.—El Secretario, Manuel Bretón de los Herreros. (53)

(53) La calificación de los obras poéticas de Pesado hecha por la Real Academia Española, viene en apoyo del juicio enunciado en esta biografía acerca de dichas obras; juicio que acaso haya sido tachado de sobradamente favorable.

En cuanto al aprecio que nuestro poeta alcanza en la patria de Garcilaso, hallamos nuevo dato en una obra eruditísima recientemente publicada en Madrid: “Horacio en España,” de M. Menéndez Pelayo, en que se dan noticias bibliográficas y críticas de los traductores é imitadores castellanos, catalanes, gallegos y portugueses del lírico latino. En las págs. 170 y 385 y siguientes, se hace mención muy honorífica de Pesado como traductor de algunas odas: se inserta íntegra su versión de la 1a. del libro I, llamándola modelo de elegancia y limpieza; se asienta que en varias de sus composiciones originales fué “horaciano,” y de acrisolado gusto, demostrándolo con citas de “La niña mal casada,” el “Amor malogrado” y las odas “A Silvia” y “A una esposa infiel!” y, por último, se dice textualmente: “Este eminente poeta clásico manejaba con perfección el verso suelto. Son dignos de Moratin algunos



Pesado recibió este honorífico documento pocos meses antes de su muerte, de la que ya es preciso hablar, por más que la pluma no corra aquí tan sueltamente como en otros pasajes del libro que toca á su conclusión. La salud de don José Joaquín había sido cabal y constante, con rarísimas interrupciones; y aunque por los años de 1850 á 55 acaeció de terribles hemorragias que con razón le alarmaron, quedó completamente restablecido, y su físico, entero y vigoroso como el de un joven, parecía prometerle todavía largos años de vida. Una enfermedad regional, la pulmonía, que suele cebarse en las constituciones más sanas y robustas, vino, sin embargo, a herirle en los últimos días de febrero de 1861: y si bien al principio se creyó posible triunfar de ella, sus progresos á poco fueron rápidos y decidieron al paciente á efectuar sus últimas disposiciones testamentarias y á recibir como católico los sacramentos con cuyo auxilio emprendemos el viaje á la eternidad. Su agonía fué tranquila, y se in-

de los de Pesado en "El Hombre," en "El Sepulcro," y, sobre todo, en "La Inmortalidad".... En sus hermosas traducciones bíblicas, y aún en las poesías originales de asunto sagrado, como la de "Jerusalem," véase patente el aprovechado estudio de Fray Luis de León."

(Nota escrita en 1878).

dicó principalmente por la debilitación del pulso y el enfriamiento de las extremidades del cuerpo. Conservaba el semblante sereno, sin la menor alteración; y aunque mantenía cerrados los ojos y no hablaba, guardó hasta lo último con el perfecto despejo de sus potencias, conocimiento y conciencia de su estado y de los más leves incidentes de aquel trance, como lo demuestra la circunstancia de que habiendo el sacerdote que le asistía terminado la lectura de las oraciones de los agonizantes y pasado inadvertidamente á las que se aplica por los finados, dijo aquel con voz clara y entera: "Todavía no," siguiendo callado y reconcentrado en sí mismo hasta entregar á Dios su espíritu á las cinco de la mañana del 3 de marzo (1861), á los sesenta años y unos cuantos días de su edad.

De la vida activa y laboriosa y de sus afanes, del talento y la gloria, de los afectos y pasiones más nobles del hombre, ¿qué queda en la tierra en el momento en que han vuelto el alma al Criador y la materia á su inercia é inmovilidad? Unos cuantos bienes de fortuna que pueden evaporarse á la menor convulsión de la naturaleza ó de la sociedad; unas cuantas obras, mientras más selladas por el ingenio, menos inteligibles al vulgo; los hijos que, tras las penas y los combates de la existencia, desaparecerán á su turno;



de cerca, en la alcoba fúnebre, un cadáver y los sollozos y las lágrimas de los vivos. Pero en la región de los espíritus, en el Monte Santo de Dios, en cuya existencia creemos y confiamos, han tenido peso y medida los pensamientos y los actos de la criatura, y son recompensadas sus buenas obras.—Haz, Señor, que en esa hora suprema no comparezcamos en tu presencia como el árbol sin frutos de la parábola del Evangelio: infúndenos el espíritu de humildad y de caridad, y, en vez de llamarnos ante el tribunal de tu justicia, acógenos en los brazos de tu misericordia!

Sin pompa alguna tuvo lugar el entierro de Pesado en el pavimento de la capilla erigida á Nuestra Señora de Guadalupe en la cumbre del Tepeyac: frente al altar mayor descansan sus restos al lado de los de varias personas de su familia.

(54) Esta, á la muerte de don José Joaquín, se componía de seis hijos de su primer matrimonio y siete del segundo. (55)

(54) Ultimamente han sido trasladados á la capilla del Sagrario en la Colegiata.

(Nota escrita en 1878.)

(55) Fueron los del primero Don Samuel, Doña Guadalupe (viuda de Segura), Doña Carmen, Doña Isabel, Doña Susana y Doña Esther; y los del segundo Don Daniel, Don Natal, Don Enrique, Don Javier, Doña Sara, Doña Aurelia y Doña Trinidad.

Su biografía, como queda indicado en alguna de mis notas, debió ser escrita por su primo y amigo don Bernardo Couto, arrebatado por la muerte antes de realizar su intento. No es poco lo que con ello perdieron las bellas letras y la buena memoria del poeta y publicista á quien va consagrado este libro, respecto del cual me pregunto como Chateaubriand al escribir sus Memorias: "En medio de la transformación que se está efectuando, y en un mundo que no es el mío y que piensa en cosas muy diferentes, ¿habrá un público que me oiga? ¿No pasaré por un hombre de otros siglos, incomprendible para las generaciones presentes? ¿No serán mis ideas, mis sentimientos y hasta mi estilo, cosas cansadas y envejecidas para la desdénosa posteridad?"

México, 1873.

